

Carl Schmitt: límites y potencialidades del partisano

Carl Schmitt: limits and potential of the partisan

por Ricardo J. Laleff Ilieff¹

Resumen:

El trabajo analiza la clásica vinculación entre guerra y política a partir de las conceptualizaciones esgrimidas por Carl Schmitt. En este sentido, las categorías “amigo-enemigo” y “partisano” resultan sumamente relevantes puesto que se busca ahondar en las limitaciones y alcances de la interpretación de dicho autor. Para ello, la reflexión propuesta examina las características actuales de los conflictos armados y el rol del Estado, enfatizando las particularidades propias de los combatientes no-estatales en las últimas décadas.

Palabras claves: Schmitt – amigo – enemigo – partisano - guerra

Abstract:

The present work aims at analyzing the link between war and politics based on the concepts developed by Carl Schmitt. In this respect the categories “friend-enemy” and “partisan” will be extremely relevant in our analysis, since we seek to go deep into the interpretation of the above mentioned author, making special emphasis on his limitations and achievements. For this, the proposed reflection examines the current characteristics of armed conflict and the role of the state, emphasizing the particularities of non-state combatants in recent decades.

Keywords: Schmitt – friend – enemy – partisan - war

¹ CONICET-IIGG-UBA



Carl Schmitt: límites y potencialidades del partisano²

“Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche”³

Harto difícil ha sido durante muchos años aproximarse al pensamiento de Carl Schmitt dada su confesa adhesión al nacional-socialismo. Las aberraciones del régimen nazi oscurecían la obra de un autor intrincado y polémico. Su vinculación partidaria obstaculizaba –aún hoy sucede en gran medida–, un tratamiento riguroso de su producción intelectual sin caer en una descalificación instantánea al pronunciar su nombre.

Lo cierto es que para aquellos que escriben sobre Schmitt resulta arduo no agregar al menos un párrafo aclaratorio desligándose del universo del totalitarismo alemán, debido a las inobjetable implicancias de su pensamiento. Inclusive José Aricó, pensador en las antípodas ideológicas, debió evidenciar los motivos que lo llevaron a realizar un estudio preliminar sobre la obra del teórico alemán⁴. De todas maneras, las inclinaciones partidarias de las grandes figuras teóricas no pueden ser un freno al ánimo del investigador, como tampoco un obstáculo para repensar los límites y alcances de sus conceptualizaciones.

En efecto, en tal resquicio se inserta el objetivo de nuestro trabajo, pues-

² Agradezco los pertinentes comentarios realizados por Fernando Lizárraga y Marina Malamud al trabajo, al mismo tiempo que los eximo de las imprudencias cometidas en este ejercicio. Contacto: lillieff@hotmail.com

³ Borges, J. L. (2003): “Las ruinas circulares”. En Borges, J. L.: *Ficciones*. Madrid: Alianza. P. 56.

⁴ Dicho estudio se realizó en el marco de la inclusión de la obra de Schmitt *El concepto de lo político* en la colección de la editorial Folios, en la cual Aricó ejercía un papel protagónico. Ver: Aricó, J. (1984): “Presentación”. En Schmitt, Carl: *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones



to que no pretendemos realizar una exégesis del *corpus* bibliográfico schmitteano ni de sus vicisitudes personales sino rescatar algunos de sus conceptos para analizar el siempre complejo terreno de la política y la guerra. Precisamente sobre esta relación, valiéndonos de las categorías schmitteanas “amigo-enemigo” y “partisano”, ahondaremos a continuación. No obstante, cabe señalar que si bien dichos conceptos evidencian un intento analítico interesante, paralelamente demuestran límites en relación a los procesos desarrollados en las últimas décadas a nivel mundial, pues los acontecimientos acaecidos a partir del “11 de Septiembre” han reflatado la discusión sobre las modalidades bélicas. Llegado este punto, muchas veces las reflexiones han circulado por un laberinto confuso y hasta poco explorado con rigurosidad por el mundo académico. En ocasiones la fugacidad de los matutinos parece imponer los cánones interpretativos. En este sentido, las denominadas “nuevas amenazas”, las connotaciones que engloban el término “terrorista”, el corrimiento del eje analítico hacia supuestas diferencias culturales y las acciones desplegadas por la principal potencia del orbe, son algunos de los ingredientes que interpelan la demarcación de la política, su posible desborde y excepción.

Estos ingredientes se encuentran debajo de un paraguas que recubre el enigma sobre las capacidades del Estado, el carácter transnacional de los fenómenos y la morfología del capitalismo. En este contexto, no ha faltado literatura que haga uso indiscriminado de un único suceso todopoderoso: la globalización. En verdad, se nos presenta como un proceso con una lógica ingobernable e irresistible, como si de alguna manera fuese extrahumano. Si bien es algo mucho más complejo que el adelanto tecnológico en las comunicaciones y en la producción económica, destacando su faceta de la innovación técnica se ocultan los impactos sociopolíticos, naturalizando los correlatos empíricos. Como bien dice Joachim Hirsch al respecto, la globalización “*se trata de relaciones complejas entre factores*



*técnicos, económicos, políticos e ideológicos-culturales*⁵, por lo que de nada sirve elevar una categoría analítica hacia el terreno de lo omnicompreensivo, puesto que el fundamento de la práctica teórica se basa en cierta predestinación a lo complejo, en un particular espíritu crítico e incansable que se niega a descansar en el simplismo.

En este contexto, la obra de Schmitt nos permitirá contribuir a las reflexiones sobre la guerra como fenómeno característico del acontecer humano e indagar sobre la pertinencia actual de sus elucubraciones teóricas. Para ello, nos centraremos especialmente en su visión sobre la trama de lo político, enmarcando allí los límites y potencialidades de su conceptualización acerca del combatiente partisano.

La guerra como el momento político decisivo:

Se ha vuelto célebre la conceptualización de Schmitt acerca de la lógica “amigo-enemigo” como característico de lo político. En verdad, se nos presenta como uno de los pocos conceptos en que el simple hecho de su pronunciación parece encerrar en sí mismo la explicación de su significado. No obstante, a ojos desprevenidos, su uso puede acarrear una subestimación si no se lo rodea de otros elementos analíticos a tener en cuenta. En este sentido, no es la claridad y crudeza con la que expone Schmitt el hecho indefectible de la dominación en la vida política, tampoco la naturalidad implícita que conlleva el acto de demarcación de los agrupamientos, ni la violencia *per se* de la vida social lo que distingue sus reflexiones de las de Max Weber o del propio Karl Marx, sino que su originalidad reside en argumentar que ***el momento político decisivo es la guerra.***

⁵ Hirsch, J. (1997): “¿Qué es la globalización?”. En *Revista Realidad Económica Nro. 147*, Buenos Aires: Instituto Argentino de Desarrollo Económico. P. 84.



Si bien fue el oficial prusiano Carl von Clausewitz quien destacó abiertamente la conexión entre la guerra y la política a través de su célebre frase “*la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios*”⁶, y Foucault ya en el siglo XX revivió con un giro copernicano la sentencia al sostener que “*la política es la continuación de la guerra por otros medios*”⁷, lo cierto es que a lo largo de los siglos el pensamiento occidental ha relacionado recurrentemente las nociones de guerra y política.

En efecto, Platón en su *República* diferencia los términos “discordia” y “guerra” a fin de dar cuenta de los conflictos entre las *polis* del mundo clásico que compartían una misma *paideia* –como los ocurridos durante la guerra del Peloponeso–, y los enfrentamientos entre éstas y otras comunidades externas –como por ejemplo, persas y griegos–, sino también su vinculación con las características internas de la propia comunidad⁸. Por ello, es indudable que la imbricación entre política y guerra mantiene una vieja trayectoria en la tradición occidental. De hecho, ya en los albores de la modernidad, Maquiavelo puso de relieve dicha conexión en obras como los *Discursos*, *El Príncipe* o *El Arte de la guerra*⁹. Es por ello que el apor-

⁶ Hemos citado de forma textual la frase de *Vom Kriege* para consignar con mayor precisión el pensamiento de Clausewitz. El original de su obra resulta harto más exacto y clarificador que la oración a él adjudicada. Clausewitz, C. (1968): *De la guerra*. Buenos Aires: Círculo Militar. P. 51.

⁷ Foucault, M. (2001): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza. P. 29.

⁸ Inclusive, el pensador griego concibe al escenario donde se interrelacionan distintas comunidades como un espacio bélico potencial: “*Si la ciudad continúa creciendo, amigo mío tendremos que ampliarla con un ejército, no pequeño, sino poderoso que salga a campaña para luchar contra los invasores en defensa de su territorio*”. Platón (2005): *República*. Buenos Aires: Eudeba. Par. 374^a.

⁹ Por cuestiones de tiempo y espacio no podemos desarrollar aquí una suerte de contrapunto alrededor de las similitudes y divergencias analíticas entre Maquiavelo y Schmitt. De todas maneras, cabe destacar que ambos piensan a la guerra en una triple dimensión: a) la amenaza externa -derivada de una visión del escenario internacional como

te schmitteano no es recóndito en este sentido, pero sí lo es al ver a la guerra como el momento político por antonomasia, donde el velo desaparece y el enemigo se visibiliza como producto de una decisión. Pero esta claridad del momento bélico puede conllevar la invisibilidad de un tipo peculiar de combatiente: el partisano.

Ahora bien, ¿cómo se amalgaman estos elementos en el pensamiento del jurista alemán? Schmitt asevera que lo político es indudablemente imprescindible para lo estatal pero no destinado exclusivamente a él. Observa que su fundamento consiste en la dialéctica entre bandos de cambiantes núcleos. En tal virtud, no es relevante si el enemigo es moralmente malo o estéticamente feo, como tampoco que sea competidor económico, pues *“el enemigo es simplemente el otro, el extranjero”*¹⁰, es siempre *“enemigo público”*¹¹.

El autor pone de relieve que es en el acto de demarcación de los agrupamientos –mediante una frontera férrea de su “adentro” y su “afuera”–, donde se definen los límites de la comunidad y en donde el derecho emerge como producto del poder. Este punto ilustra el núcleo duro de la disputa contra las consideraciones weberianas fundadas en la legitimidad racional-legal y contra el normativismo de Hans Kelsen, quien considera al poder como tributario del derecho. Schmitt invierte con su crítica el eje, argumentando que el derecho es una materialización de un entramado de relaciones de poder que le da vida, pues el marco jurídico no puede ser jamás pre-político: *“El orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma”*¹². En consecuencia, la decisión da inicio al tiempo político.

esencialmente conflictivo-; b) la construcción de un ordenamiento político; y c) la lucha armada al interior del cuerpo social.

¹⁰ Schmitt, C. (1984): *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones. P. 24.

¹¹ Schmitt, C. (1984) *El concepto de lo político*. Op. Cit. P. 25.

¹² Schmitt, C. (1985): *Teología Política*. Buenos Aires: Struhart & Cia. P. 21.



No obstante, el “extremo” de la vida en sociedad -el enfrentamiento a muerte entre los hombres-, constituye el núcleo esencial de la dinámica política, es por ello que Atilio Borón y Sabrina González sostienen que en la obra de Schmitt “*el tiempo político parece detenerse y suspenderse indefinidamente en el momento de excepción*”¹³. Sin embargo, la marginalidad de la excepción consiste en la infrecuencia temporal de su cristalización, no en sus fundamentos constitutivos. Por lo tanto, la guerra poco tiene que ver con un estado de anomalía o un acto de irracionalidad que altera el “correcto” desenvolvimiento de la sociedad, sino que se halla imbricado con la propia sustancia de lo político.

En verdad, tal consideración ya se observaba parcialmente en el pensamiento de Thomas Hobbes -donde el estado de guerra no es el acto bélico en sí sino las condiciones de posibilidad del mismo-, pero en Schmitt la violencia adquiere un tinte mucho más radical, pues el Leviatán schmitteano no anula o busca contener las condiciones de los enfrentamientos, sino que las orienta y las abriga en su seno. Por ende, la permanencia de lo político exige a la lucha mortal “*como posibilidad real para que el concepto de enemigo pueda mantener su significado*”¹⁴. En este sentido, lo político resulta inescindible de comprenderse sin la posibilidad de la guerra, mientras que a su vez ésta resulta imposible de sucederse sin un hecho de demarcación del soberano. De allí que es menester aclarar el marco de autonomía que circunscribe a lo político de otras esferas, por ejemplo la económica, la estética o la moral, puesto que en cada caso el “otro” es el “competidor”, el “feo” o el “malo” respectivamente, pero no el enemigo polí-

¹³ Borón, A. y González, S. (2003): “¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del estado y la democracia”, En Borón, A.: *Filosofía política contemporánea. Controversia sobre civilización, imperio, y ciudadanía*. Buenos Aires: CLACSO. P. 143.

¹⁴ Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Op. cit. P. 30.



tico que le otorga materialidad a la abstracción schmitteana:

La concretez y autonomía peculiar de lo “político” aparece ya en esta posibilidad de separar una contraposición tan específica como la de amigo-enemigo de todas las demás, así como de comprenderla como algo autónomo.¹⁵

En definitiva, para el pensador europeo la política adopta una apariencia indefinida al convertirse “*en una forma despojada de contenidos o, mejor, en una forma indiferente ante sus eventuales contenidos*”¹⁶.

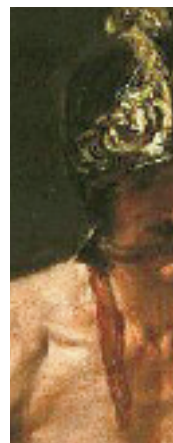
Sin embargo, la guerra no continúa a la política, ni tampoco se encuentra aquella limitada por ésta, en tanto el momento político decisivo consiste en el enfrentamiento bélico, dado que allí la lógica amigo-enemigo se observa en todo su esplendor¹⁷. En tal virtud, Schmitt va mucho más allá del pensamiento clausewitziano, ya que si para el oficial prusiano la lógica de la política está por sobre la contingencia de la guerra, para Schmitt la distinción entre guerra y política entreteje un solapamiento equivocado, pues la guerra es el presupuesto esencial de la política –aún cuando no se produzca su consumación–, y no la política el presupuesto de la guerra.

En efecto, la política se basa en la distinción entre un “nosotros” y un “ellos”. La guerra es el momento donde lo político se potencia y paradójicamente puede transformarse al determinar reagrupamientos y enfrentamientos derivados de nuevas delimitaciones. Como bien sostiene Aricó:

¹⁵ Schmitt, C.: El concepto de lo político. *Op. cit.* P. 24.

¹⁶ Borón, A. y González, S.: “¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del estado y la democracia”. *Op. Cit.* P. 145.

¹⁷ La visión de Schmitt sobre Clausewitz tiene diferentes matices que oscilan entre la admiración y la detración. En un pequeño trabajo suyo sostiene: “*El mismo Clausewitz no desempeñó papel alguno de primer plano en la escena de la gran política. Su carrera como militar profesional no fue, de ninguna manera, brillante, sino que se desarrolló tras la estela de sus superiores Scharnhorst y Gneisenau. No alcanzó fama de gran estratega. Su renombre- —para recordarlo otra vez— se basa exclusivamente en un libro sobre teoría bélica publicado después de su muerte*”. Schmitt, C. (1998): *Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia*. Buenos Aires: Editorial Struhart & Cía. P. 9.



La acción política para Schmitt es sobre todo opción, riesgo, *decisión*: “producción de un mito” que no deja espacio libre y que compromete al sujeto imponiéndole la elección. Y porque tal producción sólo puede nacer de la guerra, está dotada de una cualidad existencial y no normativa. La guerra se convierte de tal modo en el momento y en el lugar de definición de la naturaleza “existencial” del comportamiento político en cuanto impone una elección irreversible que no permite circunloquios y mediaciones dialécticas y pone fin a la práctica discutidora de la eterna indecisión.¹⁸

En este contexto, Schmitt reduce la política a la confrontación y al presupuesto de la factible destrucción, en consecuencia, no hay discusión, debate ni consenso, sólo puro enfrentamiento:

La guerra no es pues un fin o una meta, o tan solo el contenido de la política, sino que es su presupuesto siempre presente como posibilidad real y que determina de modo particular el pensamiento y la acción.¹⁹

En última instancia, Schmitt argumenta que la guerra representa el momento de la verdadera lucha política al ponerse en juego la supervivencia y la victoria:

Lucha no significa competencia, no se trata de la lucha “puramente espiritual” de la discusión, ni del simbólico “luchar” que en última instancia todo hombre de algún modo realiza siempre, puesto que en realidad la vida humana íntegra es una “lucha” y todo hombre un “combatiente”. Los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su significado real por el hecho de que se refieren de modo específico a la posibilidad real de eliminación física.²⁰

¹⁸ Aricó, J.: “Presentación”. *Op. Cit.* P. XV.

¹⁹ Schmitt, C.: *El concepto de lo político. Op. Cit.* P. 31.

²⁰ Schmitt, C.: *El concepto de lo político. Op. Cit.* P. 29.



Sin embargo, el autor advierte sobre algo que parece evidente una vez alumbrado: no puede haber jamás cristalización armada de un enfrentamiento sin un enemigo señalado previamente. Lo político necesita de una dirección que despeje el campo de la disputa para poder adentrarse definitivamente en él. De allí que el soberano utilice su acusador dedo índice como una sentencia:

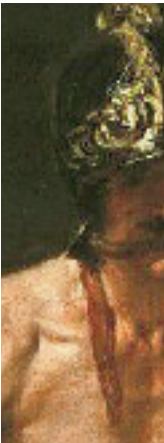
La misma lucha militar, considerada en sí, no es la “continuación de la política por otros medios”, como se atribuye, de modo extremadamente incorrecto, a la famosa máxima de von Clausewitz, sino que tiene, en cuanto guerra, sus reglas y sus puntos de vista, estratégicos, tácticos y de otro tipo, que sin embargo presuponen todos la existencia previa de la decisión política acerca de quién es el enemigo.²¹

Lo que Schmitt trata de mostrar es que la esfera técnico-militar mantiene su nivel diferenciado de especificidad, ya que permite la puesta en marcha de las hostilidades bélicas.

Ahora bien, la elección del enemigo no deriva de un capricho del Leviatán, ni de una sentencia inmutable, como bien podría aleccionar una teología-política. Aquí Schmitt se para desde la más pura secularización del pensamiento, es decir, desde el dinamismo que caracteriza la inmanencia, pues la sentencia que conforma al momento decisivo no resulta eterna o inmutable, sino puramente pragmática, hecho que distingue al autor de los postulados raciales del nazismo²²:

²¹ Schmitt, C.: *El concepto de lo político. Op. Cit.* P. 30.

²² Cabe señalar que tal diferencia -aunque sustancial-, no excusa a Schmitt de otras imputaciones posibles derivadas de sus elucubraciones.



El criterio de la distinción amigo-enemigo no significa tampoco que un determinado pueblo deba ser por la eternidad el amigo o el enemigo de otro determinado pueblo, o que la neutralidad no sea posible o no pueda ser una elección políticamente válida. Sólo que también el concepto de neutralidad, como todo otro concepto político, está dominado en todo caso por este presupuesto final de una posibilidad real del reagrupamiento amigo-enemigo.²³

Hasta aquí el planteo del autor explica los afueras de una unidad política al hacer hincapié en la lucha tradicional, lo que Flabián Nievas llamaría la guerra nítida, es decir, aquella que se produce entre Estados en un espacio y en un *tempo* delimitado²⁴. Pero, ¿Schmitt no prevé la posibilidad de contradicciones al interior de la propia comunidad? ¿La negación de los “beneficios” de la pluralidad conlleva asimismo la negación de los antagonismos? Avanzada la posguerra, la política externa de características hobbesianas se corre del centro del escenario dando lugar a la lucha interna, entre la “unidad” y las fuerzas que amenazan su existencia, generándose “*la guerra civil*”²⁵.

Cabe señalar que si la lucha con el extranjero caracteriza la peculiaridad interestatal, en la esfera doméstica la pluralidad produce la emergencia del conflicto. Dicha germinación amenaza con la supervivencia de la identidad a la propia singularidad de la comunidad política:

Cuando en el interior de un estado las contradicciones entre los partidos políticos se han convertido en “las” contradicciones políticas *tout-court*, entonces se ha llegado al grado extremo de desarrollo de la “política interna”, o sea que se han transformado en decisivos

²³ Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Op. Cit. P. 31.

²⁴ Nievas, F. (2006): *Aportes para una sociología de la guerra*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.

²⁵ Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Op. Cit. P. 29.

para el choque armado no ya los reagrupamientos amigo-enemigo de política exterior sino aquellos internos al estado.²⁶

Nótese que el conflicto muta de una matriz interestatal a una eminentemente intraestatal, donde el Leviatán no puede reclamar para sí la soberanía y el mando efectivo sobre el cuerpo social en su conjunto. De la guerra entre Estados, con sus soldados visibilizados por su uniforme y entre unidades políticas que se amenazan mutuamente, se verifica una deficiencia “autoinmune” del propio cuerpo social, donde emerge la figura de aquél enemigo díscolo de la unidad que busca el favor de la invisibilidad como presupuesto.

Llegamos así a una distinción capital, el pasaje o el corrimiento de las contradicciones entre Estados a las contradicciones intraestados. El dilema de la relación entre teoría y práctica se hace carne en Schmitt. El tiempo político de la multipolaridad ha expirado, junto a la conversión situacional se produjo el deslizamiento del centro de gravedad del planeta. Desde la mirada eurocéntrica se conformó una paradoja que expresa el movimiento de las jerarquías: el centro de trascendencia se dirigió hacia sus dos extremos geográficos conformando un escenario bipolar. La consolidación de los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como superpotencias rompió el viejo principio clausewitziano del relativo equilibrio militar entre Estados. En ese contexto Europa quedó atrás. La participación alemana es el símbolo más claro de dicha fractura histórica. Schmitt ha sido conciente que el corrimiento descrito modificó las características del adversario político.

En este marco, la revisión acerca de la categoría “partisano” nos permitirá también ahondar en posibles límites conceptuales del autor alemán a la luz de las peculiaridades de los conflictos bélicos en la actualidad.

²⁶ Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Op. Cit. P. 29.



El partisano y sus límites

Un Schmitt averiado por el catastrófico resultado para su Alemania publica *Teoría del partisano*, texto que deriva de una serie de conferencias dictadas en la ciudad española de Pamplona durante los primeros años de la década del 60' en tiempos del franquismo.

Por aquellos años la hostilidad ha mutado. La Guerra Fría y las armas nucleares convierten al desafío político de ayer en anacrónico. Frente a los ojos de Schmitt se posiciona la necesidad de que la teoría vuelva a conciliarse con el mundo vertiginoso, que las elucubraciones se fundan nuevamente y entreguen coordenadas a los desafíos generados por un orden internacional ignoto hasta ese entonces en la historia. Por ello, es que si en *El concepto de lo político* Schmitt retoma a Thomas Hobbes en relación a la supervivencia de la comunidad ante otro que la amenaza en esa suerte de “estado de naturaleza” internacional, en *Teoría del partisano* procura ir más allá enfatizando las fuerzas internas que amenazan la unidad del *volk*. De hecho, en la distinción del concepto de guerra de su obra del año 1932 -“la guerra es lucha armada entre unidades políticas organizadas, la guerra civil es lucha armada en el interior de una unidad organizada”²⁷-, se evidencia la dualidad de los enfrentamientos bélicos dependiendo de sus características. Asimismo, en la nueva etapa epocal, Schmitt erige a la centralidad de su tiempo al concepto “partisano”, al decir que es “la clave para comprender una realidad política”²⁸.

Como hemos dicho, a inicios del 30' Schmitt se encuentra preocupado por la amenaza externa, apoyando los delirios imperiales de Alemania. Tras el fracaso de la expansión nazi su objeto muta, pues los peligros son otros. Cierto es que su consideración acerca de la guerra y la política no

²⁷ Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Op. Cit. P. 29.

²⁸ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. Op. Cit. P. 161.

sufren variaciones significativas; en su pensamiento el Estado sigue siendo un ente absoluto, la política un espacio negro en donde todo se subsume a una decisión y a la hostilidad hacia el señalado, donde no hay tratamiento sobre la problemática de clases, intereses o las contradicciones entre las agencias burocráticas estatales. Sin embargo, luego del cambio de contexto internacional, las características de los nuevos agrupamientos políticos se inscriben en las fronteras internas de la comunidad. No es ingenuo ni trivial que para analizar al partisano Schmitt pase del viejo Clausewitz a Lenin y Mao. El militar alemán es el símbolo del núcleo político del ayer, los revolucionarios ruso y chino son la conciliación teórico-práctica del siglo XX. La conexión es clave entre estos hombres de pluma y espada, ya que existe un hilo de enlace que los vincula a los tres. En este sentido, *De la Guerra* da inicio al tratamiento de un tópico continuado por los pensadores revolucionarios mencionados, pues la obra del general prusiano “*contiene ya en embrión una teoría del partisano, cuya lógica fue luego seguida hasta sus últimas consecuencias por Lenin y por Mao Zedong*”²⁹.

En efecto, Schmitt establece una genealogía del partisano comenzando con la figura del guerrillero español adversario de Napoleón, hasta finalmente recaer en cómo la marginalidad se escapa constantemente de las instituciones jurídicas. Sobre este último punto la referencia a los actos contrarrevolucionarios del general Raúl Salan en la Argelia rebelde ilustran la cuestión. En consecuencia, Schmitt argumenta que el derecho de guerra no comprende a “*la figura del partisano en sentido moderno*”³⁰, en consecuencia, considera interesante analizar cómo la actuación del guerrillero puede ser considerada ilegal. Esta definición acarrea una trampa analítica,

²⁹ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 118.

³⁰ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 119.



pues de echar mano a la lógica jurídica se fuga el sustrato de la esencia del partisano, es decir, su politicidad: *“El partisano tiene absoluta necesidad de una legitimidad si quiere permanecer en la esfera de lo político, y no hundirse simplemente en la del criminal común”*³¹.

Cuando Schmitt se refiere a la legitimidad realza al partisano en tanto expresión de una facción, por lo tanto, su misma existencia se apoya en un sustento de aceptación inevitable. En verdad, para el pensador germano lo que vuelve criminal al luchador invisible no son sus métodos, tampoco el establecimiento de una norma que lo aparte de la legalidad, sino la ausencia de algún tipo de legitimidad social. Por lo tanto, una vez más el derecho representa las correlaciones de fuerzas imperantes en un momento histórico.

De todas maneras, en la pluma schmitteana el partisano representa una amenaza a la supervivencia, dado que contradice a la homogeneidad. Su propia presencia cristaliza una ruptura en la unidad social. Incluso, tal cuestión ya se cifra en la etimología del término alemán *“partisan”*, puesto que *“deriva de partido y remite al vínculo con una parte o con un grupo de algún modo combatiente, ya sea en guerra, ya en política activa”*³².

Nótese cómo en la cita transcrita la guerra se presenta una vez más como el presupuesto de la política, a tal punto que quien “hace” política es inevitablemente un “combatiente”. En efecto, el lenguaje bélico atraviesa las consideraciones schmitteanas, agudizando la importancia de tal temática en su obra.

Ahora bien, ¿cuáles son las características que pone de relieve el jurista alemán acerca de la figura del partisano?

³¹ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 179.

³² Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 123.

La primera de ellas es su carácter “irregular”³³, producto de la inexistencia de un uniforme distintivo en su rol de luchador. El uniforme adquiere una dimensión notoria ya que “es algo más que un vestido profesional porque confiere seguridad en público y es el símbolo de una autoridad que la presencia visible de las armas aumenta”³⁴. La vestimenta se transforma en el símbolo del Estado y de su consecuente dominio, por ende, la guerra entre uniformados se vincula indefectiblemente a la lucha clásica. Asimismo, la presencia del soberano es dual, es decir, metafísica y concreta. Es metafísica en tanto el uniforme la simboliza -un símbolo hace referencia a algo ausente-, mientras que es concreta en tanto su existencia y acción producen efectos palpables, pues la coerción ocasiona resultados prácticos a través de su instrumentalización como en su potencialidad disuasoria. En este sentido, la simbología -la ausencia-, se combina con la presencia visible de la coacción a través de las armas. En el caso particular del partisano, reniega del uniforme porque pretende ocultarse, esquivar el enfrentamiento abierto, ganar en invisibilidad y contradecir a la autoridad soberana, no evocarla. Esto solidifica la clásica consideración de Schmitt sobre la autoridad soberana como posesión y dominio y no como exclamación estéril.

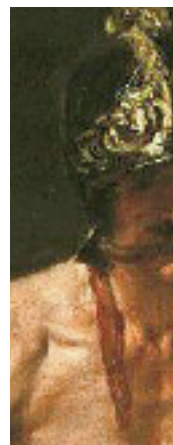
La segunda peculiaridad remite al “intenso compromiso político”³⁵ del irregular, quien se relaciona enteramente con la estructura que lo contiene dado que su filiación es total. Schmitt remarca un aspecto interesante en el nuevo tiempo político: “hoy, más que el estado como tal, es el partido revolucionario como tal el que representa la verdadera y sustancial organización totalitaria única”³⁶.

³³ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 123.

³⁴ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 123.

³⁵ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 123.

³⁶ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 123.



La tercera característica deriva de la “*acrecentada movilidad de la lucha activa*”³⁷, otorgada por sus métodos de combate: “*movilidad, celeridad, ataques y retiradas sorpresivas, en una palabra, la máxima agilidad, permanecen todavía hoy como los signos distintivos del partisano*”³⁸.

Por último, Schmitt señala el “*carácter telúrico*”³⁹, lo que podríamos definir apresuradamente como el “apego a la tierra”. Es menester aclarar que al referirnos al apego a la tierra no sólo hacemos referencia a los valores del combatiente ligados a una comunidad asentada en un territorio, sino también a la legitimidad que de allí se deriva y al propio espacio donde el partisano puede desarrollar su acción; el agua y el aire son ámbitos extraños para un luchador no-estatal con carencias de medios y límites estructurales, de allí emerge su destinación terrestre como teatro ineludible de sus operaciones:

Mao Zedong, Ho Chi-minh y Fidel Castro, son una demostración clara de que el vínculo con la tierra, con la población autóctona y con la particular naturaleza del país -montañas, bosques, junglas o desiertos- no ha perdido nada de su actualidad.⁴⁰

Ahora bien, amén de evitar confusión alguna es preciso aclarar que no son indistintas las características del conflicto que envuelve al partisano. En tal virtud, Schmitt distingue dos tipos de guerras irregulares, la que llamaremos colonial por un lado y la expansiva por otro. La primera es eminentemente defensiva –como la realizada por la resistencia española a

³⁷ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 127.

³⁸ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 124.

³⁹ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 127.

⁴⁰ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 128.



Napoleón—, mientras que la segunda es ofensiva estratégicamente⁴¹. Nuestro pensador sostiene que tal división conceptual permite explicar las confrontaciones “ideológicas”⁴² entre el comunismo chino y el ruso. A su criterio, el régimen de Pekín es el ejemplo característico del fruto del tipo de guerra colonial, mientras que el régimen de Moscú adopta como criterio fundante una actitud ofensiva en el panorama internacional.

Si bien es cierto que hay una decisión del soberano de definir quién es el enemigo -por ende no nos apartamos de la lógica propuesta por Schmitt-, la misma se encuentra enmarcada en la contingencia: China debió triunfar sobre el colonialismo, Rusia sobre el zarismo; China debió mantener una actitud defensiva frente a los avatares coloniales y contrarrevolucionarios, Rusia se propuso expandir el socialismo. Ahora bien, esto no quiere decir que Mao abjuraba del triunfo del proletariado en todas las latitudes, pero sí destaca que el derrotero revolucionario “amarillo” ha sido eminentemente distinto al bolchevique. Para Schmitt las diferencias provienen de la visión original de sus respectivos líderes fundadores, Lenin y Mao⁴³, ya que mientras éste último amplió la concepción de la guerra de Clausewitz –dado que el prusiano “no podía prever el grado de totalidad alcanzado por la guerra revolucionaria conducida por el jefe comunista chino”⁴⁴–, el primero la llevó a una forma absoluta por las contradicciones de clases del planteamiento marxista: “sólo la guerra revolucionaria es, para Lenin, la

⁴¹ Según la lectura de Raymond Aron acerca de la reflexión de Clausewitz sobre la guerrilla, ésta siempre posee características defensivas y debe actuar en consonancia con el ejército regular. Más allá de interpretaciones posibles, lo cierto es que Clausewitz no expresó la posibilidad de una puerta hacia la guerrilla revolucionaria, Schmitt sí. Aron, R. (2009): *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Ediciones Claves/Perfiles Nueva Visión.

⁴² Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 159.

⁴³ Destacar el momento personalista es un rasgo característico de la obra schmitteana. Recuérdese la recuperación de la figura hobbesiana del soberano a lo largo de todos sus trabajos. Ver: Schmitt, C. (2005): *El Leviathan en la teoría del estado de Tomas Hobbes*, Granada: Comares.

⁴⁴ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 157.



*guerra verdadera, porque se basa sobre la enemistad absoluta. Todo el resto es juego convencional*⁴⁵. La visión schmitteana sobre Lenin consiste en argüir que para el líder bolchevique las guerras en el capitalismo pocas veces reflejan los verdaderos clivajes: “*en comparación con la realidad telúrica y concreta del partisano chino, el de Lenin es todavía un poco abstracto e intelectual en la definición de enemigo*”⁴⁶. De lo que se infiere que el conflicto entre ambos regímenes socialistas “*tiene sus raíces profundas en esa realidad*”⁴⁷.

Como hemos dado cuenta, la interrelación entre la teoría y la práctica es una problemática que atraviesa todo el *corpus* schmitteano. Lo que subyace a este juicio es que Mao no pudo pensar en la lucha contra el burgués mientras se enfrentaba al Kuomintang y al invasor, o mejor dicho sí lo hizo, pero no pudo trasladarlo a la fase práctica. En cambio Lenin -cuya decisión del enemigo absoluto rebasa las fronteras nacionales y los márgenes analíticos-, pudo plantearlo prácticamente aún a costas de sobrepasar las posibilidades operacionales del partisano y radicalizar hasta la hostilidad absoluta al enemigo, apartándose del opositor variable del concepto de lo político, confundiendo sus propias especificidades con lógicas “extra-políticas”.

En clave schmitteana, el enemigo de Lenin es eterno e inmutable en la medida que la propia existencia del capitalismo cristaliza la permanencia de los adversarios. Así, toda guerra capitalista oculta el antagonismo irreconciliable entre burgueses y proletarios. En tal virtud, para Schmitt el planteo leninista deviene en extremo porque el enemigo no es eterno y lo político no puede reducirse a una contradicción “económica”, por ello es que Mao se convierte en el gran teórico de la guerrilla:

⁴⁵ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 153.

⁴⁶ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 161.

⁴⁷ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 161.

Por lo que respecta a Mao, se debe tener en cuenta otro hecho concreto que le permitió acercarse aún más que Lenin al corazón de la problemática partisana, definiéndola de manera más completa todavía. Sintéticamente: la revolución de Mao tiene una base mas “telúrica” que la de Lenin.⁴⁸

La ilimitación del espacio de combate en el pensamiento del líder bolchevique, la definición demasiado abarcadora del teatro de operaciones, el grado de coordinación de los esfuerzos, entre otros aspectos, se desvían del universo y los alcances posibles del accionar partisano. Estos ingredientes hacen difícil pensar en el triunfo de una hostilidad inalterable en su direccionalidad política.

Ahora bien, dado el marco de referencia otorgado por Schmitt, ¿en qué grado mantiene vigencia sus conceptualizaciones? ¿Resulta posible extrapolar el concepto de partisano para explicar y aprehender analíticamente los enfrentamientos bélicos entre Estados y grupos no-estatales? Es decir, ¿es factible pensar la existencia de un partisano actual con las características arriba descritas o el concepto ha quedado obsoleto? El dilema sugiere una salvedad.

El indudable corrimiento del tipo de conflicto visibilizado por las grandes potencias conllevó la aparente desaparición del “peligro rojo”. En todo caso, manteniendo la metáfora cromática, la duda es sobre el Estado “rojo” chino como potencia que escala a los primeros puestos de todos los indicadores macroeconómicos capitalistas, pero ya no se pone el foco de atención principal sobre una ideología revolucionaria que nutra movimientos insurrectos al interior de los países. De allí es que el fin de la tan mentada bipolaridad haya abierto un debate en la geopolítica mundial.

⁴⁸ Schmitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 158.



Si bien no resulta novedoso expresar que la caída de la Unión Soviética modificó el escenario internacional, sí es preciso poner de relieve que el accionar de los Estados al interior de sus fronteras ha mutado. Los fracasos de los denominados “socialismos reales” es vital para comprender este punto⁴⁹. El equívoco recurrente de algunas corrientes de las relaciones internacionales estriba en observar al escenario mundial sin habilitar la reflexión coordinada con la dinámica interna, presentando al Estado como una caja negra desanclado de las peculiaridades sociales. El “peligro rojo” o la lucha contra la insurrección han dado lugar a la lucha contra el “narcotráfico”, el “terrorismo” y otras “amenazas” revestidas a la última moda de los “*think-tanks*” del hemisferio norte. El “enemigo” ha sido comprendido desde la doctrina militar, enunciado desde la vaguedad del lenguaje político/partidario pero poco abordado desde la teoría, presentando obvios baches en los abordajes investigativos y comunicacionales. Este hecho no es del todo ingenuo, pues iluso es dudar la importancia de los Estados Unidos en la instalación de temas en la agenda política, militar y científica. Hoy en día hablar de “guerras de cuarta generación”, “terrorismo internacional” o “guerra asimétrica” plantea un escenario apuntalado por los intereses y perspectivas conceptuales que afectan a la potencia militar más importante del planeta. En tal virtud, no se puede evitar marcar las falencias y porosidades de estas conceptualizaciones con pretensiones de universalidad.

No obstante, es imposible obviar que el enemigo de los Estados Unidos y de algunas de las grandes potencias ha mutado, y con él la conceptuali-

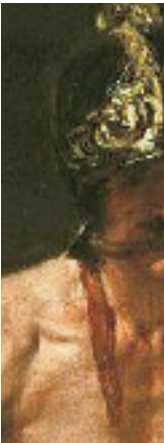
⁴⁹ Cuba, Corea del Norte, Vietnam ya no son modelos “exportables” ni ideológicamente mentados en el debate sobre el futuro de las naciones. Por su parte China, más que un régimen comunista en sentido estricto es un sistema con fuertes características autoritarias y una economía capitalista revestida del maquillaje de la ideología maoísta. mitt, C.: “Teoría del partisano”. *Op. Cit.* P. 158.



zación del partisano schmitteano demuestra sus límites. De hecho, la paradoja es que una de sus características intrínsecas permite que otra no se cumpla. En efecto, el jurista alemán argumentaba que la técnica posibilitaría acrecentar la agilidad y movilidad del combatiente sin que perdiese su rasgo telúrico. En verdad, la técnica viabiliza cursos de acción de forma notoriamente rápida pero también posibilita el accionar lejos de la tierra y cuestiona si el apego a ella sigue siendo vital para pensar en combatientes no-estatales. Tampoco puede desconocerse que la tecnología aumenta el poder de las fuerzas militares regulares. Si bien es cierto que toda invasión necesita de las “botas en la tierra”, no menos cierto es que la tarea de ingreso -aún con escaso número de hombres-, se facilita a través del poderío aéreo, misilístico, etc. De cualquier modo, el problema de las fuerzas regulares invasoras se avecina cuando ellas entran en el terreno ajeno, pues allí comienza la lucha partisana del desgaste eterno.

En este contexto, la guerra clásica clausewitziana entre Estados no está herida de muerte. No obstante, los ojos se han puesto sobre aquellos luchadores con capacidad de operar globalmente –los hechos en la Embajada de Israel y la AMIA en Buenos Aires, el 11 de Septiembre en Estados Unidos, la estación Atocha en España o los atentados en la capital británica son ejemplos sumamente pertinentes al respecto/, puesto que hay actores que, como bien dice Nievas, actúan “*sin restricciones de fronteras, aunque con objetivos precisos como Al Qaeda, conformada por una serie de grupos o células relativamente autónomas y con escasa conexión entre sí*”⁵⁰. El partisano ganó en agilidad –como también el combatiente regular–, pudiendo ahora aventurarse a actuar lejos de su escenario geográfico, y hasta corretear, como ha sucedido en el 2001, por espacios insospechados, como el aéreo.

⁵⁰ Nievas, F.: *Aportes para una sociología de la guerra*. Op. Cit. P. 33.



Hoy día el *neopartisano* opera en espacios muy distantes entre sí, muchas veces errando y atravesando fronteras cuando el territorio se muestra cercado por enemigos. Sumado a ello, el compromiso político -la segunda característica señalada por el pensador germano-, se haya atravesado por un vínculo no siempre de filiación política/partidaria, con una realidad que sobrepasa la frontera de una identidad nacional, con una postura estratégicamente defensiva -pues no llega a convertirse en una ideología con pretensión de universalidad como lo fue el marxismo-leninismo-, pero con un fuerte correlato transnacional.

Como hemos referido, Schmitt le teme a la intromisión del comunismo en la zona capitalista occidental cuando escribe la *Teoría del partisano*, temor que difiere de aquel esgrimido en *El Concepto de lo político* producto de la lucha por la expansión entre Estados en tiempos del nazismo. En este sentido, Schmitt ha tenido la lucidez necesaria para comprender el momento sociopolítico y generar teoría con implicancias políticas notables, o para generar teoría como efecto legitimador de los hechos.

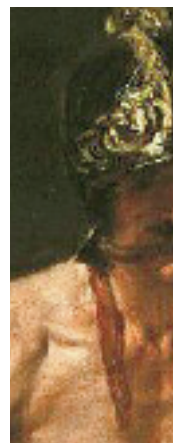
De cualquier manera, lo cierto es que en pleno siglo XXI casi ningún país de Europa occidental tiene como principal hipótesis de conflicto la lucha con una nación del mismo continente, en cambio lo que hoy en día se denomina “terrorismo” –una categoría confusa desde lo conceptual y lo operativo–, se encuentra en los titulares de todos los diarios y en los despachos de los tomadores de decisión. Entiéndase bien, no estamos avalando la tesis de Huntington del “*choque de civilizaciones*”⁵¹, tampoco negamos la influencia de factores culturales, ni proponemos un prisma que visibiliza a la guerra con características incólumes a lo largo de los siglos, por el contrario, un abordaje preciso y crítico no sólo debe dar cuenta de

⁵¹ Huntington, S. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.

los procesos en curso -donde tiene su rol importante los factores económicos-, sino también la construcción ideológica con la que se definen y se encuadran los acontecimientos en la constante disputa sobre el sentido. Es decir, así como el enfoque maniqueo huntingtoniano opera como legitimador de una acción gubernamental y como un atractivo enfoque comunicacional, el determinismo económico -por ejemplo sobre el petróleo en la guerra Irak-, no puede explicar la complejidad del movimiento histórico. Las motivaciones de los actores son diversas, las variables que inciden también y los métodos con los que se valen se encuentran acordes a demás cambios de la sociedad.

Lo que hemos intentado poner de relieve es que la categoría “partisano”, tal como fue desarrollada por Schmitt, se encuentra algo anacrónica, puesto que no puede abordar de lleno el conflicto en regiones como Medio Oriente, donde la existencia de redes de formación y operatividad global es notoria. Algunos actores allí involucrados han golpeado en diferentes puntos de la Tierra a miles de kilómetros de distancia entre uno y otro objetivo, sea en Estados Unidos, Inglaterra o España, valiéndose de métodos novedosos y sin una bandera nacional enarbolada.

He aquí nuevos debates, disparadores para futuros análisis, ya que los hechos sucedidos en las Torres Gemelas, Atocha o en Londres en el año 2005, ¿son actos de guerra? Schmitt diría que es preciso observar qué decide el Leviatán porque su decisión define al enemigo. Ahora bien, ¿cuál Leviatán? Pues desde esta perspectiva, ¿no es la guerra el presupuesto de la política y el momento de la guerra el único momento político donde la visibilidad del enemigo es notoria? Schmitt nunca pudo predecir que el enemigo visibilizado desde lo conceptual e invisibilizado desde la práctica se transforme en un enemigo invisibilizado desde lo conceptual por falta de claridad teórica y predominio de la doctrina militar, invisibilizado desde lo telúrico por carencia de definición territorial y estatal, y difuso desde sus



métodos por el avance de la técnica. Allí quizás reside una crítica para el polémico autor.

Sin embargo, vuelve a burlarse de sus detractores remarcando la especificidad de la lógica amigo-enemigo, donde nada es eterno ni inmutable. Paradójicamente, su irreprochable incapacidad predictiva agiganta su figura teórica al resguardarse con las siguientes palabras, más precisamente en el anteúltimo párrafo de su obra sobre el partisano, previendo tal vez mágicamente el reproche de sus lectores futuros:

¿Quién podrá impedir que de manera similar, pero en una medida infinitamente mayor, surjan nuevos e inesperados tipos de enemistad cuya realización evocará inesperadas formas de un nuevo partisano?⁵²

BIBLIOGRAFÍA

Aricó, J. (1984): "Presentación". En Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.

Aron, R. (2009): *Sobre Clausewitz*. Buenos Aires: Ediciones Claves/Perfiles Nueva Visión.

Borges, J. L. (2003): "Las ruinas circulares". En Borges, J. L.: *Ficciones*. Madrid: Alianza.

Borón, A. y González, S. (2003): "¿Al rescate del enemigo? Carl Schmitt y los debates contemporáneos de la teoría del estado y la democracia", En Borón, A.: *Filosofía política contemporánea. Controversia sobre civilización, imperio, y ciudadanía*. Buenos Aires: CLACSO.

Clausewitz, C. (1968): *De la guerra*. Buenos Aires: Círculo Militar.

Dotti, J. y Pinto, J. (2002): *Carl Schmitt, su época y su pensamiento*. Buenos Aires: Eudeba.

⁵² Schmitt, C. (1984b): "Teoría del partisano". *Op. Cit.* P. 188.

Dotti, J. (2002): “¿Quién mató al Leviatán? Schmitt como intérprete de Hobbes en el contexto del nacionalsocialismo”. En *Deus Mortales. Cuaderno de Filosofía Política N° 1*. Buenos Aires: sin editorial.

Foucault, M. (2001): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.

Hirsch, J. (1997): “¿Qué es la globalización?”. En *Revista Realidad Económica Nro. 147*, Buenos Aires: Instituto Argentino de Desarrollo Económico.

Hobbes, T. (2005): *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Buenos Aires: FCE.

Huntington, S. (1997): *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Buenos Aires: Paidós.

Maquiavelo, N. (2003): *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.

Maquiavelo, N. (2009): *El arte de la guerra*. Buenos Aires: Terramar.

Maquiavelo, N. (1994): *El Príncipe*. Bogotá: Ediciones Nuevo Siglo.

Nievas, F. (2007): *Aportes para una sociología de la guerra*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.

Platón (2005): *República*. Buenos Aires: Eudeba.

Schmitt, C. (1998): *Clausewitz como pensador político o el honor de Prusia*. Buenos Aires: Editorial Struhart & Cía.

Schmitt, C. (1984): *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.

Schmitt, C. (2005): *El Leviathan en la teoría del estado de Tomas Hobbes*, Granada: Comares.

Schmitt, C. (1985): *Teología Política*. Buenos Aires: Struhart & Cia.

Schmitt, C. (1984): “Teoría del partisano”. En Schmitt, C.: *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones.

Weber, M. (1969): *Economía y Sociedad*. México: FCE.

